

Las cosas de Dios no se cuestionan, no se piensan, se aceptan y ya

Nubia Romero

Estudiante programa de Ciencias Bíblicas

A escasos meses de “convertida”, como se le denomina en el ámbito protestante a los recién llegados a “los pies de Cristo”, y en medio de un hermoso ambiente de devoción, amor y servicio, comenzó a surgir en mí una extraña necesidad de descubrir quién era el gestor y la causa principal de tanta emoción que brotaba en mi interior.

Comencé a indagar con pastores y líderes sobre tal agitación, algunos me brindaron respuestas muy acordes a su experiencia, otros tantos me proporcionaron información doctrinal que en cierta medida saciaron mis interrogantes, pero, el verdadero cuestionamiento surgió cuando una de estas personas a las que acudí, quizás cansada de mis innumerables y agobiantes preguntas, me increpó a dejar allí mi investigación, porque simplemente “las cosas de Dios no se cuestionan, no se piensan, se aceptan y ya”.

Debo confesar que su insinuación me hizo hervir la sangre, porque estaba subestimando la capacidad de razonamiento connatural en todos los seres humanos, pero contrario a su consejo, continué explorando sobre el Hacedor de tantas maravillas que eran narradas y experimentadas en el ámbito donde confluían avezados en Biblia y en experiencias con Dios, que se arriesgaban a enseñar a individuos afanosos como yo, y otros que preferían evitar ponerse en peligro.

Mi pesquisa abrazó numerosos cursos bíblicos, seminarios y diplomados, que poco a poco me fueron aproximando a la interpretación bíblica protestante de textos sagrados en español... y a la desazón de tener en las manos tantas versiones susceptibles de disquisición.

Esta nueva conmoción me llevó a traspasar las barreras religiosas y a rastrear otras formas de considerar la Palabra de Dios, que me condujeron por diferentes y específicos pénsums filológicos, teológicos, antropológicos, etc, hasta llegar a uno que, para mi sorpresa, incluía todo esto y más, el plan de estudios del programa de Ciencias Bíblicas del Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano (IBPL), nada más y nada menos, que de la Corporación Universitaria Minuto de Dios: de la UNIMINUTO, institución de educación superior que había nacido del deseo de Dios puesto en el corazón del recordado y querido sacerdote de mi infancia, el padre Rafael García Herreros.

Fue así como me lancé a incursionar en el maravilloso y enigmático mundo de los idiomas, la historia, la geografía y todo el inimaginable con-

texto bíblico que tanta falta le hacían a mi indagación.

Al principio fue aterrador, no sólo porque me abrumaba retornar a las aulas de clase después de casi dos décadas de haber salido de ellas y porque en los cuarenta la experiencia universitaria difiere muchísimo de la de los veinte. Además, porque temía que lo que fuera a encontrar pusiera en duda mi fe o por lo menos lo que creía que esta era.

Sorprendentemente, nada fue como lo imaginé. El encuentro con la sabiduría de cada uno de los docentes fue ¡espectacular! La objetividad de cada enseñanza, alejada de cualquier posibilidad de adoctrinamiento fue lo que más atrajo mi atención: sacerdotes, pastores, teólogos, filósofos, biblistas y otros expertos en Biblia y en pensamiento humano encabezaban la lista de profesores del IBPL, quienes, como si fuera poco, también eran químicos, psicólogos, ingenieros y egresados de otras áreas de pregrado, maestría, y hasta con más de dos doctorados encima.

Y, aunque es cierto que la adquisición de conocimiento a esos niveles no siempre garantiza una entrega acertada del mismo, en mi caso fue y sigue siendo una entrega totalmente garantizada. De cada maestro he recibido infinidad de enseñanzas e instrucciones que atesoro en mi corazón como el bien más preciado.

Sin duda, lo mejor de todo ha sido el descubrimiento de los misterios reservados a los idiomas originales en los que fue escrita la Biblia: el hebreo, el griego e incluso el arameo han hecho de las suyas en este sendero investigativo. Tres niveles de cada idioma catapultaron mi deseo de querer aproximarme cada vez más al lenguaje empleado por los autores que, aunados a las otras asignaturas del programa, incrementaron mi deseo por conocer cada contexto y la intención que tuvieron al transmitir su mensaje.

Y como si no fuera suficiente hallar un tesoro de erudición bíblica en las materias del programa y en sus instructores, en el IBPL encontré una familia que me ha brindado desde el principio y en los momentos más difíciles una mano hermana capaz de neutralizar y superar cualquier temor de preguntar, al punto de asegurar que el discernimiento y el raciocinio son capacidades dadas por Dios, porque ciertamente sus cosas sí se cuestionan y sí se piensan.